

Hermenegildo Altozano Moraleda (1916-1981)

Pocos días antes de que sobreviniera el fallecimiento de Hermenegildo Altozano, el director de ABC me daba la penosa noticia de la grave enfermedad que venía sufriendo el ilustre político y militar, por quien Guillermo Luca de Tena y yo, al igual que otros muchos españoles que le conocieron y trataron, sentíamos tan gran aprecio y admiración.

Han transcurrido ya varios años desde que Hermenegildo Altozano se retiró de la política española activa, en circunstancias muy distintas de las actuales, cuando con su preparación y su experiencia, y en plena madurez vital, tenía por delante un porvenir despejado del que de algún modo se habría beneficiado España. Fue una decisión personal, fundada en altas motivaciones éticas, ante la que sólo cabe inclinarse con respeto. Anteriormente, a lo largo de varios lustros, había cumplido de modo ejemplar importantes funciones públicas, con la entereza que le caracterizaba y que se asentaba sobre muy profundas convicciones.

Altozano fue, a la par que jurista y militar prestigioso, un político independiente y nada convencional en momentos de general conformismo, y un leal colaborador de la causa de la restauración monárquica, encarnada en la persona del Conde de Barcelona, entre cuyos consejeros se contaba.

Después de 1962 desempeñó puestos de relieve en la Administración de la Hacienda Pública y en la Banca oficial, con el rigor y la dedicación de un «servidor del Estado», que se honra con esta condición y la prestigia con sus actos. Pero sus más destacadas actuaciones políticas habían tenido lugar entre 1949 y 1962.

Durante los años 49 a 55 trabajó lejos de la Península como secretario general del Gobierno de los territorios entonces coloniales de la actual República de Guinea Ecuatorial.

Fueron tiempos difíciles, y los medios de la administración colonial eran muy cortos. Es significativo, sin embargo, que los estudios sobre la política española en Guinea, incluso los de signo más anticolonialista, reconozcan que en aquellos años se organizó una administración y se estimuló un inicial desarrollo económico.

Entre el 59 y el 62, Altozano ocupó el Gobierno Civil de Sevilla, desde el que desplegó una actividad brillante y políticamente muy significativa. Altozano no era ni había sido nunca falangista, como quizá ocurrió con otros gobernadores del régimen pasado. Pero fue el primero, y casi el único, que rehusó vestir el uniforme del Movimiento o usar sus insignias, porque no quiso ser ni aparecer en ningún momento como un gobernador de partido, sino como el titular de la representación del Estado. Veinte años después en Sevilla se le recuerda con afecto y con respeto en muy extensos círculos sociales y políticos. Al cabo de tanto tiempo, y tras tantos acontecimientos de trascendencia histórica, ese hecho, fácilmente comprobable, es el reconocimiento de una conducta y de un estilo poco comunes en aquella época, que definían inequívocamente el signo que Altozano se propuso que presidiera su gestión: el servicio al Estado y a la provincia que le correspondió administrar, sin partidismo de ninguna clase.

De ese mismo estilo político hizo gala en su lealtad a la dinastía española y a la Corona, y no por mero reflejo de actitudes emocionales. Hermenegildo Altozano fue monárquico, ante todo, por lealtad al pasado y al futuro del país, y como consecuencia de su arraigado convencimiento de que España necesitaba en la cumbre del Estado, como ha llegado a tener, un Rey que pudiera ser el Rey de todos los españoles.—**Antonio FONTAN.**